

Como el oso nostálgico y ceñudo,
de ojos dolientes y velludas garras,
que mira sin cesar el techo mudo
entre la cárcel de redondas barras,

esperando que salte la techumbre
y luz del cielo su pestaña toque;
con el delirio de subir la cumbre
o de flotar en el nevado bloque:

del fondo de mi lóbrega morada,
coronado de eneldo soporoso,
turbia la vista, en el azul clavada,
alimento mis sueños, como el oso;

y digo al veros de mi reja inmota
pájaros pensativos de albas penas:
¡quién pudiera volar a donde brota
la savia de tus mármoles, Atenas!

De cigüeñas la tímida bandada,
desplegando las alas blandamente,
voló desde la torre abandonada
a la luz del crepúsculo naciente,

y saludó con triste algarabía
el perezoso despertar del día;
y al esfumarse en el confín del cielo,
palideció la bóveda sombría
con la blanca fatiga de su vuelo...

ANARKOS.

(Poema.)

ANARKOS.

*De todo lo escrito amo solamente lo que
el hombre escribió con su propia sangre.
Escribe con sangre y aprenderás que la
sangre es espíritu.*

FEDERICO NIETZSCHE.

En el umbral de la polvosa puerta,
sucia la piel y el cuerpo entumecido,
he visto, al rayo de una luz incierta,
un perro melancólico, dormido.
¿En qué sueña? Tal vez árida fiebre
cual un espino sus entrañas hinca
o le finge los pasos de una liebre
que ante sus ojos descuidada brinca.
Y cuando el alba sobre el Orbe mudo
como un ave de luz se despereza,
ese perro nostálgico y lanudo
sacude soñoliento la cabeza
y se echa a andar por la fragosa vía,
con su ceño de inválido mendigo,
mientras mueren las ráfagas del día
para tornar a su fangoso abrigo.
Hundido en la cloaca
la agita con sus manos temblorosas,
y de esa tumba miserable saca
tiras de piel, cadáveres de cosas.

Entre tanto, felices compañeros
sobre la falda azul de las princesas
y en las manos de nobles caballeros
comparten el deleite de las mesas;
ciñen collares de valioso broche,
y en las gélidas horas de la noche
tienen calor, en tanto que el proscrito
que va sin dueño entre el humano enjambre,
tropieza con el tósigo maldito
creyendo ahogar el hambre,
y en las hondas fatigas del veneno
echado sobre el polvo se estremece,
fatídico temblor le turba el seno,
y con el ojo tímido, saltado,
sobre la tierra sin piedad fallece.
Todos vuelven la faz, nadie le toca:
al bardo sólo que a su lado pasa,
atedia la frescura de su boca
“ donde nítidos dientes
se enfilan como perlas refulgentes ”...

Mísero can, hermano
de los parias, tú inicias la cadena
de los que pisan el erial humano
roídos por el cáncer de su pena;
es su cansancio igual a tu fatiga,
como tú se acurrucan en los quicios
o piden paz, sin una mano amiga,
al silencio de oscuros precipicios.
Son los siervos del pan: fecunda horda
que llena el mundo de vencidos. Llama
ávida de lamer. Tormenta sorda
que sobre el Orbe enloquecido brama.

Y son sus hijos pálidas legiones
de espectros que en la noche de sus cuevas,
al ritmo de sus tristes corazones
viven soñando con auroras nuevas
de un sol de amor en mística alborada,
y, sin que llegue la mentida crisis,
en medio de su mísera nidada
¡ los degüellan las ráfagas de tisis !

Los mudos socavones de las minas
se tragan en falanges los obreros
que, suspendidos sobre abismo loco,
semejan golondrinas
posadas en fantásticos aleros.
Con luz fosforescente de cocuyos,
trémula y amarilla,
perfora oscuridad su lamparilla;
sobre vertiginosos voladeros
acometen olímpicos trabajos,
y en tintas de carbón ennegrecidos,
se clavan en los fríos agujeros,
como un pueblo infeliz de escarabajos
a taladrar los árboles podridos.
Sus manos desgarradas
vierten sangre; sarcástica retumba
la voz en la recóndita huronera:
allí fue su vivir; allí su tumba
les abrirá la bárbara cantera
que inmóvil, dura, sus alientos gasta,
o frenética y ciega y bruta y sorda
con sus olas de piedra los aplasta.

El minero jadeante
mira saltar la chispa de diamante
que años después envidiará su hija,
cuando triste y hambrienta y haraposa,
la mejilla más blanca que una rosa
blanca, y el ojo con azul ojera,
se pare a remirla, codiciosa,
al través de una diáfana vidriera,
do mágicos joyeles
en rubias sedas y olorosas pieles
fulgen: piedras de trémulos cambiantes,
ligadas por artistas
en cintillos: rubíes y amatistas,
zafiros y brillantes,
la perla oscura y el topacio gualda,
y en su mórbido estuche
de rojizo peluche,
como vivo retoño, la esmeralda.
La joven, pensativa,
sus ojos clava, de un azul intenso,
en las joyas, cautiva
de algo que duerme entre el tesoro inmenso
no es la codicia sórdida que labra
el pecho de los viles:
es que la dicen mística palabra
las gemas que tallaron los buriles:
ellas proclaman la fatiga ignota
de los mineros; acosada estirpe
que sobre recio pedernal se agota,
destrozada la faz, el alma rota,
sin un caudillo que su mal extirpe:

El diamante es el lloro
de la raza minera
en los antros más hondos de la hullera:

¡ loor a los valientes campeones
que vertieron sus lágrimas
entre los socavones!

Es el rubí la sangre
de los héroes que, en épicas faenas,
tiñeron el filón con el desangre
que hurtó la vida a sus hinchadas venas:

¡ loor a los valientes campeones
que perdieron sus vidas
entre los socavones!

El zafiro recuerda
a los trabajadores de las simas
el último girón de cielo puro
que vieron al mecerse de la cuerda
que los bajaba al laberinto oscuro:

¡ loor a los sepultos campeones
que no verán ya el cielo
entre los socavones!

Y el topacio de tinte amarillento
es recóndita ira
y concreciones de dolor; lamento
que entre el callado boquerón expira:

¡loor a los cautivos campeones
que como fieras rugen
entre los socavones!

La joven pordiosera
huyó.

¿Qué formidable vocerío
pasa volando por la azul esfera,
con el lejano murmurar de un río?
Es una turba de profetas. Vienen
al aire desplegando los pendones
color de cielo; sus cabezas tienen
profusas cabelleras de leones.
En sus labios marchitos se adivina
el himno, la oración y la blasfemia;
llama febril sus ojos ilumina
de sacros resplandores:
pálidos como el rostro de la Anemia,
llegaron ya; son los Conquistadores
del Ideal: ¡dad paso a la bohemia!
Ebrios todos de un vino luminoso
que no beben los bárbaros, y envueltos
en andrajos, son almas de coloso,
que treparán a la impasible altura
donde afilan sus hojas los laureles
con que ciñes de olímpica verdura
en tu vasto proscenio
a los ungidos de tu Crisma, ¡oh Genio!
Aquél muestra su aljaba
de combate, repleta de pinceles;
el otro vibra, como ruda clava,
un cuadrado martillo y dos cinceles;

se interrogan, se dicen sus proyectos
de obras que dejarán eternos rasgos:
aunque sean insectos,
el mármol y el pincel los harán astros.
Un escultor ofrece
pulir la piedra como fino encaje
para velar un seno que florece
bajo la ténue morbidez del traje;
aquése de fosfórica pupila,
que las del gato iguala,
discurre solo en actitud tranquila
con el azul cuaderno bajo el ala;
y el bardo decadente,
el bardo mártir que suscita mofas,
levantará la frente,
alto nido de férvidas estrofas,
y de sus labios, que el reír no alegra,
brotará el pensamiento
como un águila negra,
con las alas enormes
desplegadas al viento,
para cantar la Venus Victoriosa
cuya violenta juventud encarna
el espíritu alegre de la diosa
en las melancolías de la carne.

El músico, doblando la cabeza
sobre la débil caja
de su violín sonoro,
dice la voz que de los cielos baja
como un perfume del jardín de oro,

y, agarrando del cuello enflaquecido
al físico instrumento,
lo hace gritar con trágico alarido,
y con ahogados trémulos simula
el sollozo de un mártir que se queja
bajo el negro dogal que lo estrangula:
y sobre todos flota,
como un sueño de amor en noche larga,
la paz del arte que su duelo embota
y su llagado corazón embarga.

Desventurada tribu
de miserables, vuestro ensueño vano
vuela solo entre sombras como vuelan
las grullas en las noches de verano.
Esa lumbre asesina de los focos
que doran las soberbias capitales,
arderá vuestras frentes inmortales
y vuestras alas de zafir, ¡oh Locos!
Sin pan, ni amor, ni gruta
donde dormir vuestras febriles horas,
sucumbís a la bárbara cadena,
sin más visión que la chafada ruta
que os empuja a los légamos del Sena...
¡Canes, minero, artistas,
el árido recinto que os encierra
consume vuestros míseros despojos;
y en el agrio Sahara de la tierra
sólo hallasteis el agua... de los ojos!
Huíd como una banda tenebrosa
de pájaros nocturnos que entre ramas
hieden la oscuridad sin voz ni huella;

morid: ¡ para vosotros
no se despierta el día
ni se columpia en el Zenit la estrella
que llamaron los hombres Alegría!
Cuán lejos de vosotros se levanta,
sobre columnas de marfil bruñido,
la ciudad de los Amos donde canta
su canto de ventura
el gozo entre las almas escondido.
Allí todos olvidan
vuestra angustia. Los árboles no dejan
— de silencio cargados y de flores—
llegar, de los vencidos que se quejan,
el treno funeral de sus dolores;
allí, cual un torrente
que dé sus ondas á dormidas charcas,
resbala fríamente
con rüido sonoro
el oro, a los abismos de las arcas.
Allí las sedas crujen
como crujen las carnes sacudidas
por las fieras: son fieras que no rugen
los séres sin piedad. Ved como pasa
sobre el marmóreo suelo,
con su capa de pieles la hembra dura
cual un oso gigante sobre hielo.
¿ Por qué se abren sus ojos
desmesuradamente?
¡ Ah! si es que apunta con fulgores rojos
el astro de la sangre por Oriente.
Bajo el odio del viento y de la lluvia
por la frígida estepa se adelantan
los domadores de la *Bestia rubia*:

ya los perros sarnosos
se tornaron chacales. De ira ciego
el minero de ayer se precipita
sobre los tronos. Un airado fuego
entre sus manos trémulas palpita,
y sorda a la niñez, al llanto, al ruego,
¡ruge la tempestad de dinamita!
¡Son los hijos de Anarkos! Su mirada,
con reverberaciones de locura,
evoca ruinas y predice males:
parecen tigres de la Selva oscura
con nostalgias de víctima y juncales.
El furioso caer de sus piquetas
en trizas torna la vetusta arcada
que erigieron al Bien nuestros mayores;
y por la red de las enormes grietas
va filtrando, con tintes de alborada,
un sol de juventud sus resplandores.

Aquél un arma ruda
pide, que parta huesos y que exprima
el verbo de la cólera; filuda
por el trabajo, recogió su lima
de fatigado obrero,
y bajo el golpe de Lucheni, ¡muda
cayó la Emperatriz como un cordero!

Pini, Vaillant, Caserio y Angiolillo,
vuestro valor ante la muerte espanta:
negros emperadores del cuchillo,
que rendís la garganta
como débil mendrugo
a las ávidas fauces del verdugo:

de duques y barones
no circundó plegada muselina
vuestros cuellos. Allí donde culmina
el dorado listón de los toisones
os dió la guillotina
su mordisco glacial: vendimiadora
que la tez y las almas descolora.

Aún parece vibrar en mis oídos
la voz de Emile Henry; ya bajo el hacha
iba a rodar su juvenil cabeza,
como la flor al soplo de la racha,
y exclamó: "GERMINAL,"

y de su herida
corrió una fuente de licor sagrado
que bautizó la historia dolorida
de los siervos, con óleo ensangrentado.
Y ése fue dulce al comenzar; renuevo
de razas de alto nombre.
¿Quién me dirá si un huevo
es de torcaz o víbora? La mente
no sabe leer lo que en el tiempo asoma:
el hombre, como el huevo,
en nidos de dolor será serpiente,
¡en nidos de piedad será paloma!

Por dondequiera que mi sér camine
Anarkos va, que todo lo deslustra:
¡un rito secular que no decline
ante el puño brutal de Bakunine,
y el heraldo feroz de Zarathustra!

No puede ser que vivan en la arena
los hombres como púgiles: la vida
es una fuente para todos llena;
id a beber, esclavos sin cadena;
potentado, ¡ tu siervo te convida!
¡ Nada escuchan! Los pobres, a la jaula
de la miseria se resisten fieros,
y con brazo de adustos domadores
y el ojo sin ternura, ¡ los enjaula
la codicia sin fin de los señores!

¿Quién los conciliará? Tibios reflejos
de una luz paternal y vespertina
visten de claridad el linde vago:
es que el Patriarca de los Ritos viejos,
de sapiencia cubierto, se avecina,
con la nerviosa palidez de un mago.
Es flaco y débil: su figura finge
lo espiritual; el cuerpo es una rama
donde canta su espíritu de Esfinge;
y su sangre, la llama
que los miembros cansados transparenta;
de su nariz el lóbulo movable
aspira lo invisible,
son sus patricias manos una garra
febril y amarillenta:
es de los griegos la gentil cigarra
¡ que con mirar el éter se alimenta!
Impalpable se irgue
— melancólico espectro —
y de la cuerda blanca
a su místico plectro
la melodía arranca.

Impalpable se irgue:
hay algo de felino
en su trémula marcha,
hay mucho de divino
en la nítida escarcha
que su cabeza orea.
Cruza sin otras galas
que la túnica nívea
que semeja las alas
rotas de un genio de celeste coro,
y sobre el pecho una
cruz de pálido oro.
Alza el brazo. La Europa
lo aguarda como a antiguo caballero,
debajo de una bóveda de acero;
calla sus labios la soberbia tropa
de esclavos y señores:
el Pontífice augusto
trae el bálsamo santo que redime,
y calma la batalla de panteras;
revalúa lo justo;
ya va a decir el símbolo sublime...
y de sus labios tiernos
salió, como relámpago imprevisto,
a impulso de los hálitos eternos,
esta sola palabra:

“JESUCRISTO.”

SAN ANTONIO Y EL CENTAURO.

(Poema.)

SAN ANTONIO Y EL CENTAURO.

Y Antonio, que había estado descansando, por revelación supo que había otro monje—llamado Pablo—mucho mejor que él, a quien debía visitar. Y el venerable anciano, apoyado en un báculo que sostenía sus débiles miembros, empezó a sentir deseo de ir no sabía dónde. Y proseguía en el camino comenzado diciendo: "Creo en mi Dios; El un día me mostrará al compañero que me ha prometido." Apenas pronunció estas palabras, vió a un hombre en parte caballo, a quien los poetas denominaban Hipocentauro. Al instante arma el monje su frente con la señal de la Cruz, y dice al monstruo: "¡Hola! ¿En qué parte habita por aquí el siervo de Dios?" Y el monstruo, haciendo rechinar no sé qué de bárbaro y triturando las palabras más bien que pronunciándolas, buscó entre su hórrida boca un discurso blando para responder; extendió luego la mano derecha, mostró al monje el camino y, semejante a un ave, desapareció a su vista atravesando los inmensos campos.

SAN JERÓNIMO,

In vita Sancti Pauli eremite.

Antonio, el Cenobiarca del silencioso Egipto, para templar los duelos de su vivir—proscripto en una helada cueva donde retoza el Diablo—marchose en altas horas a visitar a Pablo, el más viejo eremita.

La paz reinaba en torno:
en cálidos efluvios, por sus bocas de horno
respiraba el Desierto. Ya no volaba una
sola pareja de ibis rojos. La luna,
abriéndose ancho paso tras cenicienta franja,
vertía sobre el polvo su amarillo naranja,
seguida por un astro (dorada mariposa
que en derredor girase de una pálida rosa).

Súbitamente el monje, creyendo oír muy lejos
un rumor, se detuvo, y a los blancos reflejos
del astro melancólico vió la extraña figura
de un monstruo que, a galope, cruzaba la llanura,
y removiendo arenas se venía derecho
a él; su cuerpo flaco tembló como un helecho
que el aura mece; "acaso esa bruta carrera
fuese fuego diabólico; tal vez hambrienta fiera..."
¡ya llega! y frente a frente del vital esqueleto
del monje, un sér no visto, desmelenado, inquieto,
se pára. El ermitaño y el monstruo se interrogan,
y así, bajo la calma de la noche dialogan:

EL CENTAURO.

Yo soy el viejo Hippofos: el último Centauro
que circundó sus sienes con el augusto lauro
crecido entre las grutas del Sagrado Archipiélago;
soy un hijo de Grecia, que, atravesando el piélago,
vino a buscar la sombra de bosques escondidos
para llorar la fuga de sus dioses vencidos,
Y soy la Fuerza alegre; mi brazo poderoso
sabe peinar la ninfa y estrangular el oso;

y en mi pecho, que tiene la aspereza del cardo,
se doblan las espadas y se despunta el dardo,
y, cual rodada piedra que va de tope en tope,
sobre las rocas duras revienta mi galope;
hasta los dioses tiemblan cuando la ceja enarco;
yo rompo dos encinas para forjarme un arco,
y cifro la alegría de vivir. Soy un hombre
que sueña, quiere y puede, y a la par lleva nombre
de monstruo; tengo mente, y endurecido callo:
soy malo como el hombre y ágil como el caballo,
y velo extraño símbolo. Soñador y lascivo,
quien conozca mi esencia conoce un adjetivo,
comprende el adjetivo universal y humano
que entre su seno oculta la palabra: ¡PAGANO!

Tu nombre dí, Fantasma que dialogas conmigo.

SAN ANTONIO.

Yo soy Antonio, un siervo del Señor tu enemigo,
que atempera sus pasos a la celeste norma
de Jesús, y proscribire la diabólica forma
que corrompe los séres, arrebata la mente
y hace perder el alma del hombre eternamente...
No soy púgil: mis brazos no soportan el peso
de un ánfora colmada; se diría de yeso
mi figura unas veces, en otras aparenta
los contornos de una raíz amarillenta.
Mi frente, que no ciñe fresco gajo, sin vello
finge tan sólo el árida rodilla del camello.
Soy un heraldo mudo de la roja victoria
sobre el Olimpo. Digo la beldad y la gloria
de Cristo con los séres que son de Polo a Polo.

EL CENTAURO.

No puede vuestro Cristo competir con Apolo,
con el hijo soberbio del Ceñudo y Latona,
que en los brazos de Dafnis al amor se abandona,
o lleva el ígneo carro que volcó Faetonte
por los campos azules del abierto horizonte.
El olímpico auriga de la eterna carroza
donde Febo, ceñido de laureles, retoza
con las Horas desnudas, los sonoros tropeles
por el éter dirige de sus raudos corceles.
Van cayendo las sombras bajo el dardo certero
del Arquero divino; por el ancho sendero
que siguió la carroza, cruza el sol, pasa el día,
y la luz va regando su dorada armonía.

Ese numen risueño que ignoró la tristeza
y ha rendido al Olvido su robusta cabeza,
es el padre del Verso: con su mano divina,
al pulsar los bordones del arpa elefantina,
vaga, dulce, amorosa y simbólicamente,
ha forjado una patria más hermosa que Oriente,
donde yerra el perfume que al dolor nos arranca
y a do vuela el suspiro de amor — alondra blanca
que sobre el pico lleva la miel de un beso rojo.
De allí parten los yambos como flechas de hinojo
del artista con celos, que siguiendo la huella
de Marsyas, lo cautiva, lo vence, lo desuella.

Por la senda más agria del adusto Parnaso,
con la crin en desorden, a la luz del ocaso
va subiendo Pegaso, portador en sus ancas
del cantor Musageta, de las Vírgenes blancas.

Y en la fiesta del mármol, sobre el bajo relieve,
entre dioses risueños y Afroditas de nieve
cuyas bocas ensayan las sonrisas eternas,
se irgue Apolo: la carne de sus pálidas piernas;
el torso alabastrino donde la gracia ondula
en cadenciosos planos; la frente que simula
un ara donde ofician la Luz y la Alegría,
y de su cuerpo todo la vívida armonía,
parece que suspiren por el febril contacto
de efebos y de ninfas de delicioso tacto!
Al Crinado cantemos!

SAN ANTONIO.

Es un ídolo yerto,
es un nombre en el mundo del espíritu, muerto.

EL CENTAURO.

Un dios más bello muestra que Apolo y Citerea.

SAN ANTONIO.

El triste, el dulce, el pálido Nabí de Galilea.
Es el profeta joven: como dorada lluvia
tiembla su pelo dócil, fluye su barba rubia:
El sabe lo que dice la voz de las colmenas,
y ama los canes tristes como las azucenas;
y son sus ojos grandes, melancólicos, vagos,
y en su fondo reflejan, como místicos lagos,
el divino silencio de las noches tranquilas;
y, cual besos que miren, sus absortas pupilas
aprimonian la calma del azul horizonte;
son sus manos delgadas como lirios de monte;
por su voz habla el eco de un arrullo divino,
y en vez de lauros lleva la toca del rabino.

Es triste cuando vaga cual un pastor extraño,
en busca de la oveja perdida del rebaño,
y cuando gime a solas por el amigo muerto;
es triste cuando, extinta la luz en el desierto,
con la cabeza baja y los ojos cerrados,
medita entre una fila de camellos cansados.
Si entre las frondas negras del olivar espeso
el de Kerioth le besa con su marchito beso,
sabiendo que su soplo sobre el Ungido vierte
la hez de la perfidia y el vaho de la muerte;
cuando la vieja mano de Dios le desasiste
en el postrer instante de su dolor: ¡es triste!

Y si a la tibia sombra de la copada higuera
sentado por las tardes, al pueblo que lo espera
le dice la parábola, y en delicioso abrigo
bajo la vid en fruto de Lázaro, su amigo,
a María — la tierna — y a Marta — la sentida —
enseña a amar el Alma y a despreciar la vida;
cuando, caudillo inerme de la legión futura
de mártires, levanta la mística figura,
sobre el paciente lomo de la borrica tarda,
y en medio de las voces del pueblo que le aguarda
entra a Salem, de angustia y amor el alma llena;
cuando en las horas grises de la última Cena
no ya la Pecadora su casto pie le enjuga —
y mientras Juan — el virgen — comparte su lechuga,
el Rabbi desolado por la melancolía
¡es dulce, es dulce, es dulce!

La blanca Eucaristía
palpita entre sus manos; con la mirada alumbra
los tintes nebulosos de tímida penumbra

que va llenando en olas aquel sereno asilo,
y, destrozado mártir al parecer tranquilo,
suscita sobre el terso cristal de su memoria
la pena sin orillas de su futura historia,
y oye vibrar el beso del hombre que le entrega
y la cobarde excusa de Kefas que le niega,
y, como los retumbos de sorda catarata,
los bárbaros aullidos del pueblo que le mata,
mientras el ancho marco de la ventana hebrea
recorta azules franjas del éter de Judea,
que está diciendo al mártir de faz entristecida
¡Cómo puede ser libre, fácil, sensual la vida!

Contéstame: ¿qué trágico calzó mejor coturno
que aquel Crucificado de rostro taciturno
que, erguido sobre el Gólgota, desde la cruz pasea
los ojos por su caro país de Galilea
que no verá en el tiempo, y en lánguido desmayo
se va muriendo exangüe? Cuando vestía el sayo
de punzador ultraje, cuando cargó la carga
de su futura gloria, cuando probó la amarga
bebida el virgen labio dolorido y sangriento,
y oyó que su lamento se perdía en el viento,
¡fue el trágico sublime! La flor de los dolores
regó desde ese instante sus cálidos olores,
y como banda nivea de cisnes familiares,
al arenal sin límites huyeron a millares
las vírgenes de Cristo, que en su mansión de palma
hallaron lo que Grecia no supo ver: ¡el Alma!
Allí, más victorioso que el orcomenio atleta,
con sus pasiones lucha vetusto anacoreta,
creador, en el silencio de abruptas soledades,
de goces no sentidos, de voluptuosidades